

TRACE

Traditional Children's Stories for a common Future

El pozo de Manda

Nada Mihaljević



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



La niebla se levantaba perezosa del suelo, cubriendo las laderas con algunas vetas grises que se quedaban atrás y se balanceaban con el viento como si fuesen jirones de tela. Los primeros rayos de sol aparecieron tímidamente a través de las nubes dispersas, acariciando las hojas de los árboles solitarios. Volviéndose más y más cálidos, relucían en los tejados de las casitas más cercanas. Las tenues y adormiladas voces de la gente pronto se convirtieron en bullicio y los gritos alegres de los niños llenaron los patios. Las mujeres cogieron sus cántaros y cubos, tras lo cual se apresuraron hacia un pozo de agua cercano y los llenaron con agua mientras se daban los buenos días brevemente para luego volver de prisa a casa.

Tan solo una muchacha llamada Manda parecía no tener prisa. Era la última en encaminarse hacia el pozo, pasito a pasito, parándose de cuando en cuando. Alzando los ojos hacia Gradec y las murallas, se volvió hacia el sur y dirigió su mirada a la carretera de piedra que desaparecía en la llanura. Apenas distinguiendo una vaga silueta en la distancia, se detuvo para proteger sus ojos de la cegadora luz del sol y poder ver mejor. Alguien llegaba por la carretera: un jinete solitario montado en un caballo cansado. Desde la distancia, se dio cuenta de que el animal, cabizbajo, estaba exhausto por el largo camino que había recorrido. Cuando el caballo se acercó, la muchacha examinó más de cerca al jinete. Su cara también reflejaba cansancio. Su vestimenta, una vez elegante, ahora estaba cubierta por una capa de polvo, señal que delataba un largo viaje; su espada, colocada en la montura daba testimonio de las numerosas batallas que había luchado.

El caballero se inclinó hacia ella y la muchacha se encogió, pero por alguna razón sintió que su miedo se disipaba y decidió no salir corriendo.

“¿Cómo te llamas, muchacha?” preguntó el caballero con voz ronca.

“Manda,” respondió ella.

“¡Mando, dušo, zagrabi mi vode!” (Manda, cariño, ¡sácame un poco de agua del pozo por favor!)

En un instante, Manda se olvidó por completo de su miedo e inquietud y sacó un poco de agua fresca para el caballero desconocido, que estaba a punto de caerse. Cuando el agotado jinete y su caballo calmaron su sed, la muchacha ahora envalentonada, habló:

“¿Sabéis lo que dicen de este pozo? Quien beba de su agua siempre estará cerca de ella.”

“Nada me gustaría más que eso,” dijo el caballero sonriendo, “pues he viajado por todas partes y en ningún lugar he visto a una muchacha tan bonita ni he bebido un agua tan dulce y fresca.”

Y así, el caballero se quedó a los pies de la colina, donde se situaba la parte alta de Gradec, y pronto se casó con la bella Manda. Más de una vez narraron la historia de su primer encuentro. Irradiando felicidad, ella solía recordar la forma en la que él se le había acercado: “¡Mando, dušo...!” (¡Manda, cariño...!) Así que, con el tiempo, la gente bautizó el pozo con el nombre de Manduševac.

Él, por su parte, solía hablar del lugar de donde Manda había sacado (zagrabila en croata) el agua con tal fascinación que toda la zona del pozo se hizo conocida por el nombre de Zagrab y, más tarde, Zagreb.

Muchos años han pasado desde ese momento, muchas historias se han perdido en el olvido. Las murallas alrededor de la vieja ciudad de Gradec también se derrumbaron, pero el pozo de Manda, junto con los nombres de Manduševac y Zagreb, la ciudad blanca, perviven hasta nuestros días.